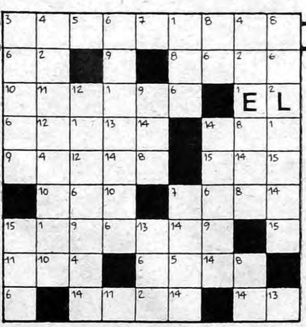
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MARTES

P	A	L	I	D	O	■	O	S
A	C	U	M	U	L	A	B	A
T	O	M	A	R	A	■	E	N
A	T	I	N	A	■	O	S	O
D	E	N	■	D	U	R	O	■
A	■	O	P	E	R	A	■	E
■	A	S	I	R	■	B	I	S
A	C	A	L	O	R	A	D	O
C	A	S	A	■	A	S	A	S



Verano/12

SABANAS

(Por Vicente Verdú) El fondo del mar es transparente, una transparencia espesa donde se coagula la vida del ahogado, pero la superficie es una espuma donde cabe navegar sin desazón. De la concepción virtual de la espuma está compuesta la idea de las sábanas. Entrar en las sábanas, descansar entre sus sombras, es haberse situado a resguardo de una asechanza que, sin embargo, merodea sin cesar por abajo y por arriba de ese estrato. La amenaza planea o la amenaza pesa como un mineral que se hunde y se cimenta en el suelo. La maleza cunde por todas partes, pero a nivel de las sábanas discurre una calma exenta de zozobra. Su estrecho vientre contiene un sedimento en el que el cuerpo aspira a deslizarse como una sustancia cohibida.

La sábana corresponde al orden del silencio. De la misma forma viene después y tras haberse demolido la jornada. Un llano elemental comienza ahora, en silencio y sin adorno. Todo ornamento es una alharaca, mientras la sábana constituye la simplicidad máxima.

La sábana es una unidad de silencio y de olvido. Una lámina sedimentada y desprovista de la acidez del tiempo. Nadie cree que todo se acabe definitivamente cuando se hunde en las sábanas.

Las sábanas son un fragmento de armisticio. Un pequeño mar doméstico y domesticado. Para dormir nos sumimos en este plano cuadrangular, como quizá debería ser un mundo menos indócil que el de la esfera.

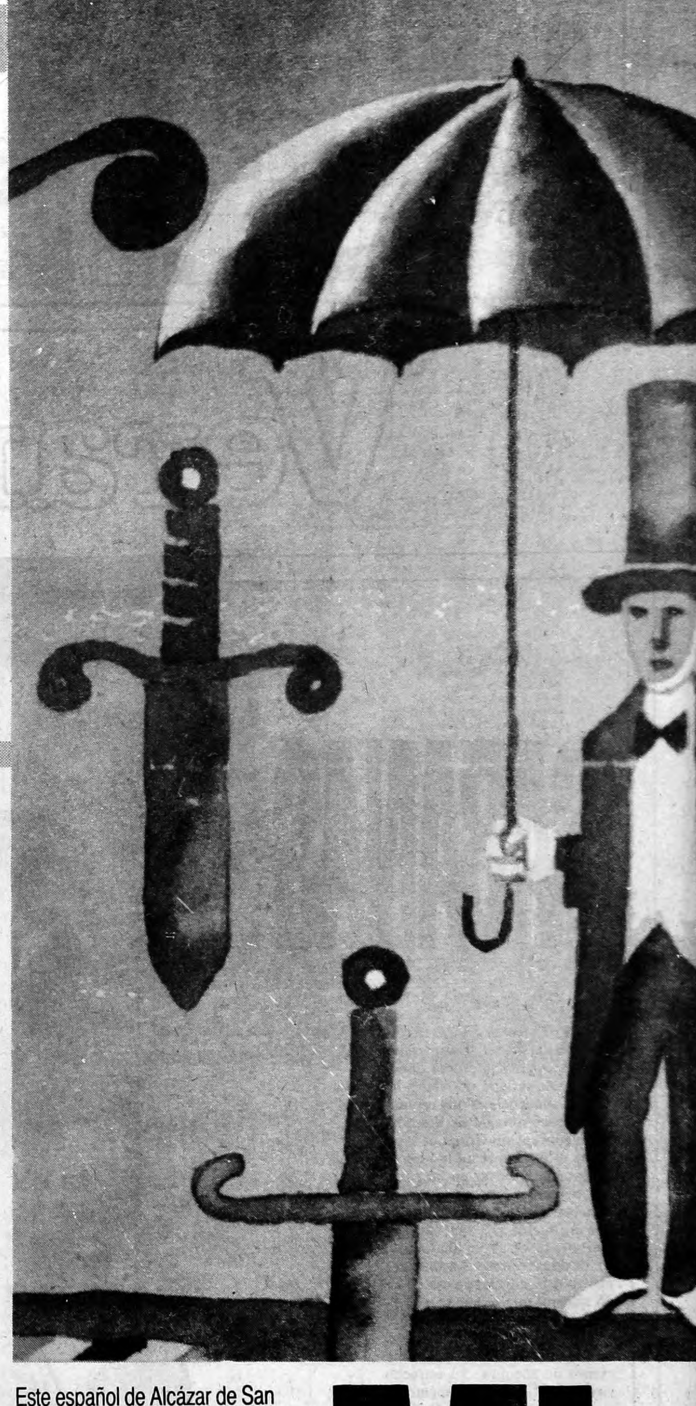
La sábana modera lo distante y distancia hasta proporciones humanas el acoso. Su ámbito es el de una embarcación a mano e inmune a los riesgos de un indeterminado temporal.

La sábana es una promesa de fin y de principio. Opera como un medio inaugural cuya profundidad no se mide en metros ni en brazadas. La sábana expulsa cualquier cálculo real. "Pertenece al mundo de los sueños". En ella se confunde la soledad al fin purificada con el triunfo de estar vivo y no estar por una vez con uno mismo. Disfrutar de esta experiencia día tras día colabora, día tras día, con el engorroso intento de afrontarse. La sábana unta con su ocultamiento todo aquello que el exterior asedia y vulnera, incluida la propia sombra.

He aquí una oportunidad de pérdida temporal. Las sábanas son un lugar exento de domicilio. Carecen de raíces y de emplazamiento. Se extienden sobre cualquier cama, traspasan las líneas del catastro. Ausentes de confines y ornamentación, entregadas como piezas sin quehacer, libres de destino, las sábanas tienden a liberarnos de identidad y de historia.

Pero la sábana es también la sanidad perfecta. El sitio de la cura integral. El paraje donde la enfermedad escoge su residencia y donde logra su cura mediante una alianza impredecible. La sábana es la legitimación absoluta. La muerte misma encuentra alivio al abrigo de su sabiduría latente. Pero la enfermedad, principalmente, conoce sus marcas, el patrimonio venal que deja por todas partes sus escombros. La sábana es la última residencia del dolor, y del placer, acaso.

La existencia es, por lo general, abrupta. Se comporta de diversas maneras implacables y mediante metáforas continuas que impiden la tregua. El espejo y la sábana son en la casa dos superficies antagónicas. Continuas metáforas del mar. El espejo es el mar en alerta incesante, mientras las sábanas constituyen una inundación apagada y detenida. Un medio donde la memoria puede extraviarse y donde el peor porvenir a su amparo podrá cambiarse por un simple horizonte de tela.



MI A
APOLL

Este español de Alcázar de San Juan ha cultivado todos los géneros literarios, además de haber presentado diversas exposiciones de cuadros y dibujos. "En cuello cercenado" y "Entre las cañas huecas" son algunas de sus obras más destacadas, en las que se combina gran fuerza imaginativa con un estilo vanguardista de profundos valores plásticos.



Por Antonio Fernández Molina

Cuando nos conocimos estudiábamos en la Universidad. Eramos muy aficionados a pasar bastantes horas en las bibliotecas leyendo literatura y libros de arte. Y en nuestras conversaciones, fantaseábamos con frecuencia a propósito de la vida de los artistas y de los poetas.

Mi amigo escribía versos, y llevado de su admiración por Apollinaire comenzó a imitarlo.

En momentos de euforia exclamaba, dirigiéndose a quien tenía cerca:

—¡Yo soy Apollinaire! ¡No olvidarlo! ¡Yo soy Apollinaire!

Al principio parecía un juego pero lo vivía con la ilusión de sentirse uno con el poeta.

Algunas noches, en la taberna donde acudíamos a menudo, surgían sus más fuertes arrebatos poéticos. Y cuando le llegaba la inspiración decía impaciente:

—¡Garçón! ¡Garçón! Tráeme recado de escribir.

El camarero, que nos conocía muy bien, le llevaba la corriente y acudía con un lapicero y un trozo de papel donde él escribía sus versos.

Un día nos enteramos de que había empezado una guerra y él, emulando lo que su admirado Apollinaire había hecho en la del catorce, se alistó de artillero y se fue al frente.

Durante unos meses me escribía muchas cartas en verso. En el sobre también redactaba composiciones poéticas como ésta:



Ve a buscar a mi amigo,
gentil cartero
y, como si en tus manos
le llevaras la Luna,
entrégale esta misiva
escrita junto a los cañones,
por éste a quien la poesía
le hace llevaderos
los avatares de la guerra.

A veces adornaba sus versos con algún poético dibujo alusivo a su condición de artillero. En un rincón del sobre escribía la dirección y el nombre de la persona a quien se lo enviaba y la carta llegaba a su destino.

En aquella época, el noble arte de la poesía gozaba de populares privilegios. Cuando el cartero me traía alguno de estos sobres, al llamar a mi puerta, sus golpes sonaban con tono alegre y con un ritmo de versos bien medidos. Al abrirle me mostraba una amplia sonrisa satisfecha y decía, radiante:

—Le traigo una carta de Apollinaire.

Un día volvió del frente y enseguida vino a visitarme. Traía un dolorido gesto en el rostro y la cara vendada.

—He perdido la guerra —me dijo con desaliento—. Y no tengo ningún talento literario.

—¿Que no tienes talento literario? ¿Y cómo hiciste los versos que me enviabas?

—Sabes muy bien que son malas imitaciones.

—Te ecuentro muy cambiado.

—Sí, estoy decidido a sentar la cabeza.

Advirtió las miradas que le dirigía a su venda mientras le escuchaba.

—Después de hacerme la fotografía —me dijo— me había olvidado de la venda. Ahora me la quito.

Al mostrar desnuda su cabeza, recobró su aspecto saludable. Tenía en una mano un sobre que había sacado del bolsillo y extrajo de él una fotografía para mostrármela.

—Estoy bien, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

Mostraba bastante parecido con una de las caricaturas de Apollinaire dibujada por Picasso.

—Comprenderás —me decía cargado de razón— cómo lo mejor que puedo hacer es retirarme; pues, si después de esto insistiera, sería como hacer tristes números en una desvencijada barraca de feria.

Miraba su rostro de muchacho sano y fuerte como si lo viera por primera vez. Me sonreía y, cual subrayando mi impresión, me dedicó un amistoso cachete en el hombro, mientras, como en un caligrama móvil, veía balancearse delante de mí los signos del abecedario.

—Cerca de aquí —me dijo— hay una taberna donde nos atenderán muy bien. Podemos ir a tomar alguna cosa.

No tardamos en llegar. Pedimos una botella de vino y en seguida nos la sirvieron acompañada de una bandeja de pájaros fritos. El





MI AMIGO APOLLINAIRE

Este español de Alcázar de San Juan ha cultivado todos los géneros literarios, además de haber presentado diversas exposiciones de cuadros y dibujos. "En cuello cercenado" y "Entre las cañas huecas" son algunas de sus obras más destacadas, en las que se combina gran fuerza imaginativa con un estilo vanguardista de profundos valores plásticos.

Por Antonio Fernández Molina

Cuando nos conocimos estudiábamos en la Universidad. Eramos muy aficionados a pasar bastantes horas en las bibliotecas leyendo literatura y libros de arte. Y en nuestras conversaciones, fantaseábamos con frecuencia a propósito de la vida de los artistas y de los poetas.

Mi amigo escribía versos, y llevado de su admiración por Apollinaire comenzó a imitarlo.

En momentos de euforia exclamaba, dirigiéndose a quien tenía cerca:

—¡Yo soy Apollinaire! ¡No olvidarlo! ¡Yo soy Apollinaire!

Al principio parecía un juego pero lo vivía con la ilusión de sentirse uno con el poeta.

Algunas noches, en la taberna donde acudíamos a menudo, surgían sus más fuertes arrebatos poéticos. Y cuando le llegaba la inspiración decía impaciente:

—¡Garçón! ¡Garçón! Tráeme recado de escribir.

El camarero, que nos conocía muy bien, le llevaba la corriente y acudía con un lapicero y un trozo de papel donde él escribía sus versos.

Un día nos enteramos de que había empezado una guerra y él, emulando lo que su admirado Apollinaire había hecho en la del catorce, se alistó de artillero y se fue al frente.

Durante unos meses me escribía muchas cartas en verso. En el sobre también redactaba composiciones poéticas como ésta:

Ve a buscar a mi amigo,
gentil cartero
y, como si en tus manos
le llevaras la Luna,
entrégale esta misiva
escrita junto a los cañones,
por éste a quien la poesía
le hace llevaderos
los avatares de la guerra.

A veces adornaba sus versos con algún poético dibujo alusivo a su condición de artillero. En un rincón del sobre escribía la dirección y el nombre de la persona a quien se lo enviaba y la carta llegaba a su destino.

En aquella época, el noble arte de la poesía gozaba de populares privilegios. Cuando el cartero me traía alguno de estos sobres, al llamar a mi puerta, sus golpes sonaban con tono alegre y con un ritmo de versos bien medidos. Al abrirle me mostraba una amplia sonrisa satisfecha y decía, radiante:

—Le traigo una carta de Apollinaire.

Un día volvió del frente y enseguida vino a visitarme. Traía un dolorido gesto en el rostro y la cara vendada.

—He perdido la guerra —me dijo con desaliento—. Y no tengo ningún talento literario.

—¿Que no tienes talento literario? ¿Y cómo hiciste los versos que me enviabas?

—Sabes muy bien que son malas imitaciones.

—Te ecuentro muy cambiado.

—Sí, estoy decidido a sentar la cabeza.

Advirtió las miradas que le dirigía a su venda mientras le escuchaba.

—Después de hacerme la fotografía —me dijo— me había olvidado de la venda. Ahora me la quito.

Al mostrar desnuda su cabeza, recobró su aspecto saludable. Tenía en una mano un sobre que había sacado del bolsillo y extrajo de él una fotografía para mostrármela.

—Estoy bien, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

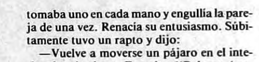
Mostraba bastante parecido con una de las caricaturas de Apollinaire dibujada por Picasso.

—Comprenderás —me decía cargado de razón— cómo lo mejor que puedo hacer es retirarme; pues, si después de esto insistiera, sería como hacer tristes números en una desvencijada barraca de feria.

Miraba su rostro de muchacho sano y fuerte como si lo viera por primera vez. Me sonreía y, cual subrayando mi impresión, me dedicó un amistoso cachete en el hombro, mientras, como en un caligrama móvil, veía balancearse delante de mí los signos del abecedario.

—Cerca de aquí —me dijo— hay una taberna donde nos atenderán muy bien. Podemos ir a tomar alguna cosa.

No tardamos en llegar. Pedimos una botella de vino y en seguida nos la sirvieron acompañada de una bandeja de pájaros fritos. El



tomaba uno en cada mano y engullía la pareja de una vez. Renacía su entusiasmo. Súbitamente tuvo un rapto y dijo:

—Vuelve a moverse un pájaro en el interior de mi cabeza. Escucha: "Paloma / coliflor / en vuelo".

Como en un certero hai-kai, las improvisadas palabras se habían dirigido derechas a la diana. Volvía a ser el de siempre.

El tabernero se nos acercó con el periódico para que lo viéramos. ¿Había descubierto lo que venía en él y lo hacía con toda intención?

Ciertas cosas me llegan por transparencia y de tal modo lo vi cuando el periódico aún estaba doblado. Pero me callé. La mirada de mi amigo resbaló de prisa sobre las páginas hasta descubrirlo.

Era algo extraordinario aquel acontecimiento inesperado.

—¡Caray! ¡Quién lo iba a pensar! Esto es el desiderátum.

—La vida también tiene estas cosas —le dije.

—Es verdad. ¿No te parece estupendo?

—Ya lo creo.

—¿Lo celebramos? Perdón, ¿no habías decidido dejarlo?

—Sí, lo había decidido; pero, ¡quién sabe! Ahí están esas dos páginas... ¡Garçón! ¡Garçón!

El periódico publicaba dos páginas con textos suyos y comentarios sobre sus escritos, ilustrados con retratos que parecían de Picasso.

Al levantar la vista de las páginas nos sorprendió ver un rostro que era el vivo retrato de Picasso. Iba cubierto con un sombrero portugués, como tantas veces lo hemos visto en una fotografía. Sus manos también se parecían a las del artista. La mirada de aquella persona pudiera atravesar las paredes. Acababa de encender un cigarro puro. Nosotros teníamos nuestros cigarrillos apagados en la boca. El, antes de partir, nos dio fuego y dijo:

—Hasta más ver, muchachos.

Y desapareció como si se marchara envuelto en una capa.

—Parece tener prisa en ir a terminar una escultura o estar con los preparativos de una exposición.

Al contestar procuré darle a mi voz un tono tranquilo, como si tuviera algo por disimular.

—Puede ser —dije.

Cuando salimos había mucha gente de paseo en una alegre y bien iluminada atmósfera.

Nosotros nos sentíamos como en los buenos tiempos.

De pronto, mi amigo se sintió muy mal. Ni él ni yo sabíamos qué le pasaba. Encontré un portalón abierto y lo metí como pude. Personas amables me proporcionaron un colchón y pude tumbarlo en él. Con los restos de un paraguas evité que le cayera una gotera abierta en el techo sobre su cabeza.

Al fondo, cerca de un rincón, había un caballo tumbado sobre la paja. Mientras yo atendía a mi amigo, el caballo fumaba con entusiasmo. Cuando estuve un poco despejado me hizo una seña para que me acercara y, uno al lado del otro, fumamos la pipa de la paz.

Cuando la noche había recorrido más de la mitad de su trecho mi amigo hablaba como delirando, de unos viajes que hizo por Italia cuando era niño.

El paso de los minutos acentuaba su parecido con el poeta. En algunos momentos respiraba con dificultad y pronunciaba sus palabras usando de la rima y de la cadencia del verso.

En la tarea de sacarlo adelante como pude, me ayudaron bastante las personas que vinieron con sopicaldos, tisanas, infusiones y cataplasmas.

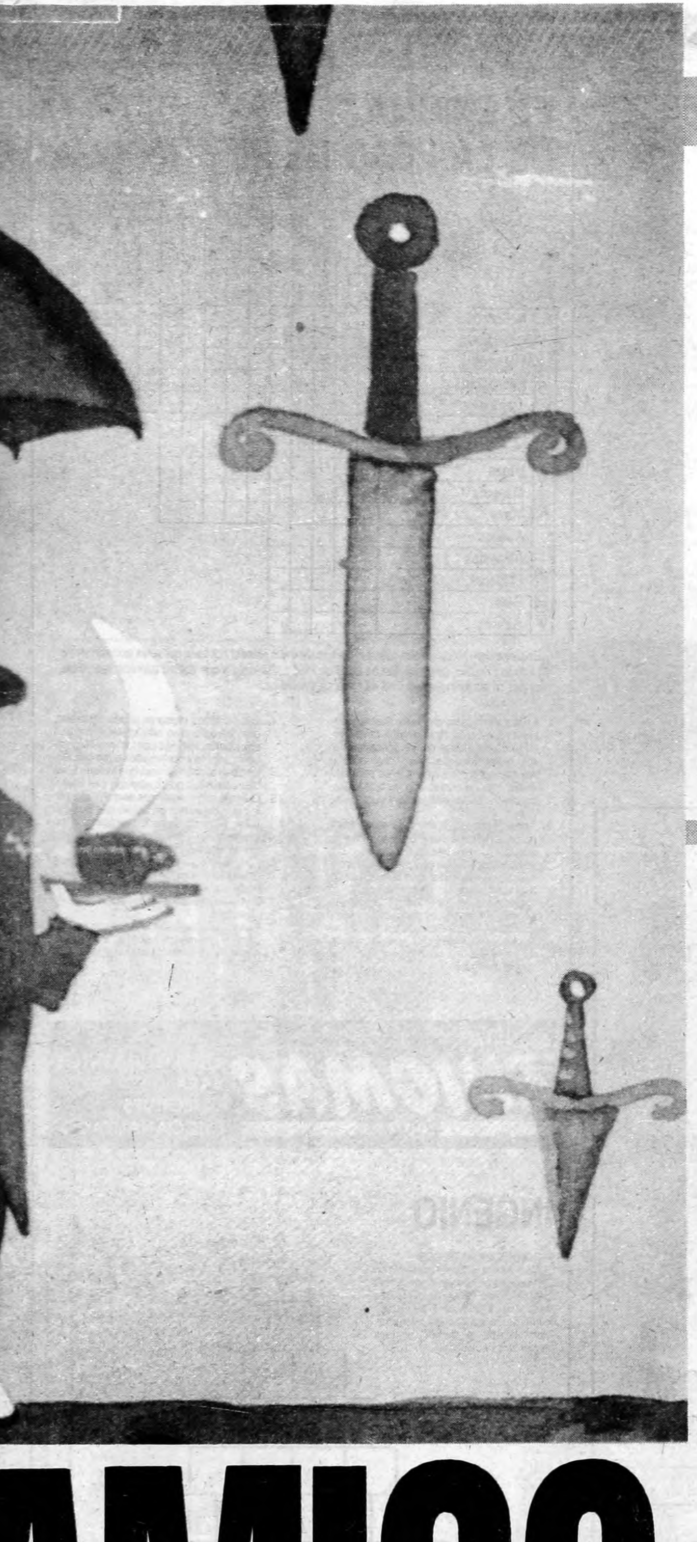
A la mañana siguiente ya estaba recuperado.

Cuando recalamos en un chiringuito para tomar café con leche, me dijo:

—Se acabó el escribir. Te lo aseguro. Cuando nos volvamos a ver ni me lo nombres. Lo dejo definitivamente.

Y ha cumplido lo que dijo. En adelante no ha vuelto a escribir ni una sola palabra. Vive en el campo. Dicta todas las cartas que envía y las firma como Apollinaire.





AMIGO
INAIRE

tomaba uno en cada mano y engullía la pareja de una vez. Renacía su entusiasmo. Súbitamente tuvo un rapto y dijo:

—Vuelve a moverse un pájaro en el interior de mi cabeza. Escucha: "Paloma / coliflor / en vuelo".

Como en un certero hai-kai, las improvisadas palabras se habían dirigido derechas a la diana. Volvía a ser el de siempre.

El tabernero se nos acercó con el periódico para que lo viéramos. ¿Había descubierto lo que venía en él y lo hacía con toda intención?

Ciertas cosas me llegan por transparencia y de tal modo lo vi cuando el periódico aún estaba doblado. Pero me callé. La mirada de mi amigo resbaló de prisa sobre las páginas hasta descubrirlo.

Era algo extraordinario aquel acontecimiento inesperado.

—¡Caray! ¡Quién lo iba a pensar! Esto es el desiderátum.

—La vida también tiene estas cosas —le dije.

—Es verdad. ¿No te parece estupendo?

—Ya lo creo.

—¿Lo celebramos? Perdón, ¿no habías decidido dejarlo?

—Sí, lo había decidido; pero, ¡quién sabe! Ahí están esas dos páginas... ¡Garçón! ¡Garçón!

El periódico publicaba dos páginas con textos suyos y comentarios sobre sus escritos, ilustrados con retratos que parecían de Picasso.

Al levantar la vista de las páginas nos sorprendió ver un rostro que era el vivo retrato de Picasso. Iba cubierto con un sombrero portugués, como tantas veces lo hemos visto en una fotografía. Sus manos también se parecían a las del artista. La mirada de aquella persona pudiera atravesar las paredes. Acababa de encender un cigarro puro. Nosotros teníamos nuestros cigarrillos apagados en la boca. El, antes de partir, nos dio fuego y dijo:

—Hasta más ver, muchachos.

Y desapareció como si se marchara envuelto en una capa.

—Parece tener prisa en ir a terminar una escultura o estar con los preparativos de una exposición.

Al contestar procuré darle a mi voz un tono tranquilo, como si tuviera algo por disimular.

—Puede ser —dije.

Cuando salimos había mucha gente de paseo en una alegre y bien iluminada atmósfera.

Nosotros nos sentíamos como en los buenos tiempos.

De pronto, mi amigo se sintió muy mal. Ni él ni yo sabíamos qué le pasaba. Encontré un portalón abierto y lo metí como pude. Personas amables me proporcionaron un colchón y pude tumbarlo en él. Con los restos de un paraguas evité que le cayera una gotera abierta en el techo sobre su cabeza.

Al fondo, cerca de un rincón, había un caballo tumbado sobre la paja. Mientras yo atendía a mi amigo, el caballo fumaba con entusiasmo. Cuando estuve un poco despejado me hizo una seña para que me acercara y, uno al lado del otro, fumamos la pipa de la paz.

Cuando la noche había recorrido más de la mitad de su trecho mi amigo hablaba como delirando, de unos viajes que hizo por Italia cuando era niño.

El paso de los minutos acentuaba su parecido con el poeta. En algunos momentos respiraba con dificultad y pronunciaba sus palabras usando de la rima y de la cadencia del verso.

En la tarea de sacarlo adelante como pude, me ayudaron bastante las personas que vinieron con sopicaldos, tisanas, infusiones y cataplasmas.

A la mañana siguiente ya estaba recuperado.

Cuando recalamos en un chiringuito para tomar café con leche, me dijo:

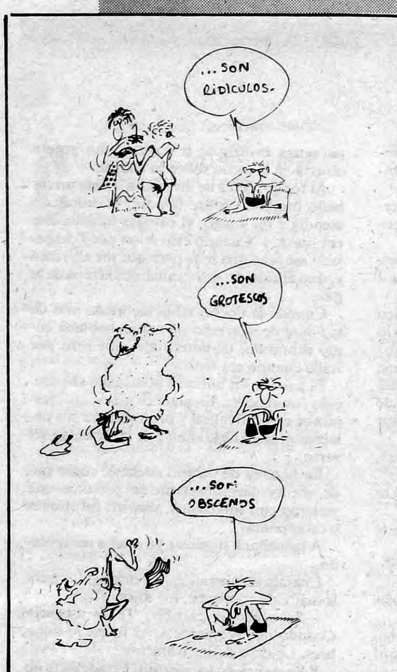
—Se acabó el escribir. Te lo aseguro. Cuando nos volvamos a ver ni me lo nombres. Lo dejo definitivamente.

Y ha cumplido lo que dijo. En adelante no ha vuelto a escribir ni una sola palabra. Vive en el campo. Dicta todas las cartas que envía y las firma como Apollinaire.

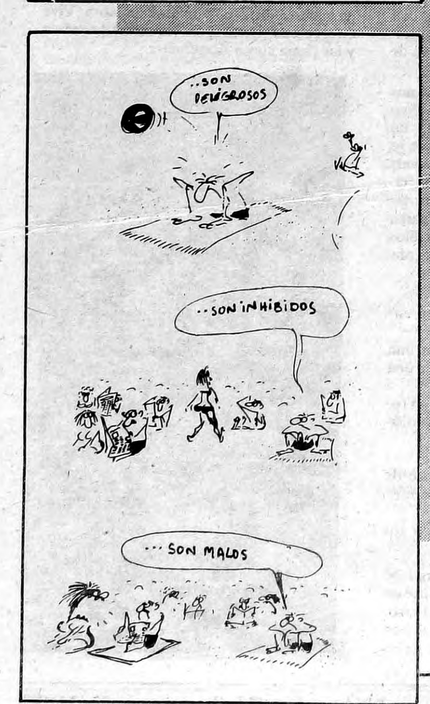




ELLOS SON FEOS
por REISER









EL ENIGMA DE LA EDAD DE PIEDRA

		DEIDAD					RIQUEZA					ARMA				
		Fuego	Luna	Lluvia	Sol	Viento	Abrigos	Alimentos	Maderas	Ríos	Salinas	Arco	Honda	Lanza	Mangual	Maza
TRIBU	Agricultores															
	Cazadores															
	Pastores															
	Pescadores															
	Tramperos															
ARMA	Arco															
	Honda															
	Lanza															
	Mangual															
	Maza															
RIQUEZA	Abrigos															
	Alimentos															
	Maderas															
	Ríos															
	Salinas															

En pleno siglo XX, una nave descendió en un diminuto planeta habitado por seres que aún vivían en estado primitivo, similar a nuestra Edad de Piedra. Deduzca a qué deidad adoraba cada tribu, cuál era su mayor riqueza y cuál su arma característica.

1. El hechicero de los que veneraban al viento hacía esparcir tierra de una tumba en torno de las aldeas de los agricultores y los que poseían maderas, creyendo que así caerían en profundo sueños para atacarlos impunemente. Con los que tenían hondas no se atrevían, dada la puntería de éstos.
2. También el brujo de otra tribu, de los tramperos, celebraba sus ritos para atraer la suerte. Las otras tres tribus, (aquellos cuya heredad) eran los abrigos, los que combatían con maza y los que reverenciaban a la luna), carecían de hechiceros.
3. Alternándose en los embates, los que deificaban al fuego y los pescadores protagonizaban las batallas más encarnizadas. De ambos, los armados con lanza eran más salvajes que aquellos que lo hacían con el mangual.
4. Los pacíficos pastores jamás atacaban, pero se defendían admirablemente. Sus armas eran temidas por los que atesoraban maderas y por aquellos otros que idolotraban al sol, mientras que los que lidiaban con arcos no se atrevían con ellos.
5. Quienes soportaban más acometidas eran los que disponían de alimentos. Sus batallas, provocadas por los de la maza, los del mangual y los de la tribu devota del viento, eran cruentas.
6. Los tramperos, los agricultores y los que atacaban con arcos vivían en la comarca norte. En el sur lo hacían quienes adoraban la lluvia y los belicosos poseedores de alimentos.
7. La tribu que habitaba la región de los ríos y la que agredía con arcos lograron su propósito de embestir y eliminar a las tribus rivales.

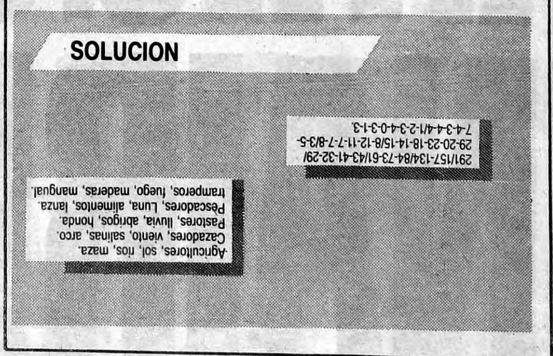


INGENIO

PIRAMIDE DE NUMEROS

Complete la pirámide anotando en cada casilla un número (incluso el 0) de una o más cifras, de modo que cada valor sea la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos le damos algunos números ya colocados.

84		61					
		18		15			
	12						
				3			
	2		4				



SOLUCION

Agricultores, sol, ríos, maza.
Cazadores, viento, salinas, arco.
Pastores, lluvia, abrigos, honda.
Pescadores, Luna, alimentos, lanza.
tramperos, fuego, maderas, mangual.

291/157-134/84-73-61/43-41-32-29/
29-20-23-18-14-15/8-12-11-7-7-8/3-5-
7-4-3-4-4/1-2-3-4-0-3-1-3.